

CUENTOS SELECTOS

IRÈNE NÉMIROVSKY

CUENTOS SELECTOS

Prólogo de Pola Oloixarac

Traducción de Lucía Dorin



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la colección: Jordi Salvany

Diseño de la cubierta: Edhasa

Imagen de cubierta: istockphoto

Primera edición en Argentina Edhasa, S.A., 2024

Primera edición: marzo de 2025

© del prólogo: Pola Oloixarac, 2024

© de la traducción: Lucía Dorín, 2024

© de la presente edición: Edhasa, 2025

Diputació, 262, 2ª 1ª

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: info@edhasa.es

Avda. Córdoba 744, 2º piso C

C1054AAT Capital Federal

Tel. (11) 50 327 069

Argentina

E-mail: info@edhasa.com.ar

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, o consulte la página www.conlicencia.com

ISBN: ISBN: 978-84-350-1179-2

Impreso en Barcelona por CPI Black Print

Dep.Leg.: B 1060-2025

Impreso en España

Índice

Prólogo	9
La Niania	37
Un almuerzo en septiembre	47
Eco	69
Domingo	75
Un amor en peligro	97
Fraternidad	109
Nacimiento de una revolución. Escenas vistas por una pequeña niña (1938) . . .	125
Magia	133
La noche en el vagón	141
Como niños grandes	161
El espectador	171
En razón de las circunstancias.	191
La otra muchacha	207
Destinos	213
El miedo	229
Los aparecidos	233
Las vírgenes	251
Un hermoso matrimonio.	267

La Niania (1924)

Había tenido su propio nombre, como todo el mundo, pero desde hacía mucho tiempo había quedado en el olvido... La llamaban «la Niania», que significa «mi criada» en ruso, por la palabra afectuosa que tres generaciones de niños habían balbuceado uno tras otro con sus dulces voces torpes. Los había criado a todos y cuidado cuando estaban enfermos; había consolado sus penas contándoles viejas historias, cantándoles viejas canciones. Habían crecido; se habían transformado en hombres y mujeres; muchas cosas se habían borrado de sus memorias; el luminoso universo infantil se había oscurecido ante sus ojos, pero las palabras, los gestos, las leyendas y las canciones de la Niania habían permanecido vivas en sus corazones. Y, luego, unos habían muerto, otros se habían ido lejos, y algunos se habían quedado en la antigua casa familiar; se habían casado. Les tocaba a ellos; ahora, sus hijos dormían, acunados por la mano arrugada de la Niania, en las camitas que habían albergado el sueño de sus padres antes que ellos.

La Niania era muy anciana, tan anciana que ya no cambiaba desde hacía años. Parecía inmutable, como el castillo, como el parque centenario, como el estanque silencioso donde se balanceaban grandes nenúfares, muy rosas al sol poniente.

Ella pasaba entre los paisajes familiares, pequeña y delgada, encorvada sobre su bastón; sus ojos pálidos parecían gastados por todas las visiones que habían reflejado, por todas las lágrimas que habían derramado.

Se la quería justamente por los recuerdos inscritos en las arrugas de su rostro, como sobre las páginas de un libro, porque ella se acordaba de las existencias desaparecidas, porque guardaba en ella, como un antiguo cofre, la juventud y la alegría de todos esos seres que la vida había vuelto viejos y tristes.

Y parecía tan imposible ver morir a la Niania como ver desvanecerse el castillo, el parque y el estanque.

Sin embargo, un buen día, todo eso quedó destruido —siglos de grandeza, hombres buenos o malos y viejas cosas anticuadas y encantadoras—, todo el pasado. La revolución que nunca se espera, no más que la muerte, se había abatido sobre Rusia. Muchos hogares quedaron dispersados por los cuatro rincones del mundo; el castillo fue quemado; en el parque, los robles cayeron bajo el hacha de los campesinos rebeldes; cortaron los tilos, y sus ramas y sus troncos, durante el invierno, mantuvieron el fuego de las isbas, en desorden junto a las telas poco comunes y los valiosos muebles del castillo.

En el estanque, una noche, se tiraron cadáveres todavía calientes, y, entre ellos, los de dos de los hijos mayores; el agua melancólica y sombría, como un espejo desteñido, ya no reflejó más que el esqueleto ennegrecido de la casa, una planicie calcinada y una vieja barca abandonada que se pudría entre los nenúfares blancos.

Sin embargo, el resto de la familia se salvó; el padre, la madre, la tía Sonia, los hijos menores, Georges, Vassili y André, Natacha, que no tenía más que dieciséis años y que todavía reía, y la Niania escaparon de la tormenta; con ellos

llevaban algunos diamantes, el samovar de plata y las imágenes religiosas. Era todo lo que les quedaba de las riquezas de antaño, pero, como habían conservado la vida, no pensaban quejarse.

Y una hermosa mañana, una mañana polvorienta y pesada de julio, desembarcaron en París.

★ ★ ★

Vivían en el quinto piso, cerca de Ternes, en un apartamento minúsculo que olía a fritanga y a estufa, en lo alto de un feo edificio gris.

Sin embargo, no eran infelices.

Es cierto, no olvidaban la Rusia lejana, las iglesias de cúpulas bulbosas rosas o verdes ni los canales estrechos de San Petersburgo donde corre, entre los puentes de granito, el negro Nevá; no olvidaban el vuelo silencioso de los murciélagos en las noches de Crimea, por encima de los blancos pueblos tártaros dormidos bajo la luna. Solamente, todo eso se borraba en sus memorias como se difumina y se decolora una imagen antigua, como la visión de las horas sangrientas de la revolución, los espectros del hambre, del frío, del miedo.

Ellos se disponían a amar su azarosa morada y la hospitalaria Francia.

El padre caminaba a lo largo de los bulevares, al anochecer, a paso vivo y alegre, y buscaba la ubicación de los viejos cafés donde, hacia el año 1900, había cenado con compañeros jocosos y hermosas mujeres. Delante de él, en la noche incipiente, corrían futuras modistas con sus grandes carpetas de dibujo bajo el brazo, y se acordaba, y sonreía, y se erguía un poco más, sintiendo en el aire el perfume de las conquistas de otros tiempos.

La madre y la tía Sonia iban a la iglesia ortodoxa de la calle Daru, y luego a conciertos de beneficencia, en casa de otros rusos que encontraban consuelo, ellos también, y tiraban por la ventana los pocos ahorros que les quedaban, con la misma gracia desenvuelta que sus millones de rublos, en épocas lejanas.

Natacha estudiaba en la Sorbona.

Georges soñaba con la isla Saint-Louis y escribía versos sobre todas las barras de todos los bares de la orilla izquierda del Sena.

Vassili se perfeccionaba en el estudio de la lengua francesa con una amable joven rubia de la calle Lepic. En cuanto a André, de doce años, alumno del liceo Janson, se parecía a los pequeños parisinos de su edad y manejaba a la perfección todas las finezas del argot; ganaba todos los premios de la clase, boxeaba, montaba a caballo y andaba en bicicleta. Ya cometía errores en ruso, al hablar.

Todos encontraban consuelo.

Sólo la anciana Niania no lo encontraba. No olvidaba nada, y no era feliz.

En la lavandería, un pequeño cuarto sombrío hacia el que subían todos los ruidos del patio, se quedaba inmóvil en su sillón, o bien remendaba medias; una lámpara de noche, encendida noche y día delante de las imágenes religiosas, brillaba en la sombra como un rubí. Suspiraba y se callaba; cuando levantaba la cabeza, veía un patio profundo y estrecho como un embudo, ventanas descoloridas y rostros extranjeros, hostiles, que se inclinaban en los balcones polvorientos adornados con flores enfermizas en macetas de barro. Por encima de ella, el cielo era inmutablemente azul; un cielo brillante, implacable de verano; y después llegaba la noche, y una luz púrpura latía allí; eran las luces de la ciudad, en las

veladas, como reflejos de un incendio. Y siempre siempre el ruido de París que hacía temblar los vidrios.

La Niania decía:

«En casa, ahora, es tiempo de cosecha...».

Decía:

«En casa, cuando los cerezos estaban en flor...», pero la interrumpían alzando los hombros:

«Ya pasó todo eso, mi pobre vieja. Ya no volverá...».

Pero ella no lo podía creer. ¿Qué hacía ella en esa ciudad inmensa, entre esa gente que no hablaba su lengua, que eran inquietos y alegres, que se daban vuelta y se reían cuando ella se persignaba al pasar delante de las iglesias? Esa avalancha, ese bullicio, ese olor a petróleo y a cloaca... Se ahogaba en esas calles, repletas de gente, donde las casas amontonadas la una sobre la otra parecían disputarse el poco aire respirable. En los apartamentos, los techos eran tan bajos que daban la impresión de quedar aplastados por ellos. Afuera también se sentía la estrechez, como estar aprisionado dentro de cuatro paredes. Pensaba en su melancólico terruño, en los bosques profundos, en los horizontes sin límites y en las planicies infinitas que, durante leguas y leguas, llegan a perderse de vista; ¡ahí se entendía lo que era el espacio! Para el alma de esta humilde criada, la Europa empobrecida era demasiado pequeña.

Sin embargo, el verano iba pasando.

La Niania recordaba los inviernos de allá, del buen frío vivo y seco que azota las mejillas y congela las orejas, las calles de Moscú tan heladas, los caballos que piafan y resoplan humo por el hocico, el sol sobre los techos blancos, los faroles de gas como recubiertos de un espeso manto de huata, y la nieve que cae, que cae, que cae...

La nieve... El vuelo silencioso de los grandes copos blancos, la calma mágica del campo bajo la nieve...

Miraba el calendario que marcaba el fin de octubre; las hojas secas que crujían en el viento agrio y mojado del otoño. Ella esperaba con una impaciencia febril la primera nieve. Cuando la viese arremolinarse en el aire y cubrir las veredas con su alfombra clara..., eso le haría mal y bien al mismo tiempo... Sería de verdad un poco de la Rusia recobrada... Y todas las mañanas miraba con amistad el cielo, cada día más gris.

Pero la nieve no caía.

En cambio, llovía. Desde el alba hasta el atardecer, la lluvia se escurría a lo largo de los vidrios, golpeteaba sobre el borde de las ventanas, gorgoteaba en las canaletas, recaía con estrépito sobre los techos vecinos. Y fuera chapoteaba la gente con grandes «plaf» por los botines mojados y los taxis hacían salpicar el barro en chorros oscuros a la cara de los transeúntes, y un ejército de paraguas brillantes cubría las calles, y siempre siempre el ruido de París como una queja sorda.

—¿El invierno no llegará nunca? —murmuraba la Niania.

Octubre había pasado, y las campanas melancólicas del Día de Todos los Santos sonaban entre la niebla.

Un día que soñaba así con todo esto en voz alta, el pequeño André le dijo: «Mi pobre Nianioutchka, nunca nieva en Francia». Ella sacudió la cabeza, mirándolo por encima de los lentes redondos que tenía montados en la punta de su nariz.

—No está bien burlarse así, André.

—Pero no me burlo —protestó el chico—. Es verdad lo que te digo. Pregúntale a padre si no me crees.

—¿Nunca nieva?

—Tan poco al menos que no vale la pena hablar de eso. La anciana levantó en el aire sus dos manos temblorosas.

—No lo creo. No lo voy a creer nunca.

El muchachito se fue riéndose, y esa misma noche le confió a su hermana su opinión: «la Niania está cambiando». Sin embargo, ella seguía esperando la nieve, y su deseo se volvía igual a una obsesión enfermiza. Cada mañana iba hasta la ventana y escrutaba por mucho tiempo los techos, pero no veía allí más que un poco de barro pegajoso, y se volvía suspirando.

Se volvía todavía más silenciosa, más pequeña; parecía como encogida. Sus ojos estaban enrojecidos de lágrimas contenidas; su boca ahondada musitaba palabras sin sentido que nadie podía entender.

El invierno, justo, ese año, era insulso, pesado, y la niebla caía sobre la ciudad como una espesa bruma amarilla. Los patrones huían tanto como podían del apartamento oscuro. Estaban siempre apurados ahora, nerviosos, febriles... La Niania, sola de la mañana a la noche, remendaba medias bajo la lámpara roja del Ícono, pero a menudo sus manos caían sobre sus rodillas y fijaba en el vacío sus ojos extraordinarios, profundos y vacuos. A menudo, también la empujaban, la maltrataban. Allí, en los palacios inmensos donde vivía todo un ejército de sirvientes, de protegidos, de parientes pobres, la vieja Niania no hubiera molestado a nadie aquí, en esas habitaciones minúsculas, se chocaban sin cesar con esa sombra de ojos tristes como un reproche. Además, su audición disminuía; había que llamarla tres veces antes de que se sobresaltara en su silla, y su mente parecía ausente o dormida. Ahora tenía la manía del orden; pasaba todo el tiempo el dedo por los muebles para sacar los rastros de polvo; cepillaba interminablemente la ropa de André, ordenaba los objetos pequeños; veía por todas partes, sobre la alfombra, sobre las tinturas, ese polvo imaginario que se acumulaba, según ella, y la atormentaba, torturaba su pobre cerebro debilitado. Los ni-

ños, nerviosos, impacientes, a veces la mandaban de vuelta a su habitación; bajaba entonces la cabeza y se alejaba sin decir palabra. Querían retenerla, pero una especie de vergüenza malsana se lo impedía; la dejaban irse, tan débil, tan pequeña, como encorvada ya hacia la tumba.

★ ★ ★

Llegó la Navidad. Toda la familia festejaba en casa de los amigos. Como los señores no estaban, la joven criada se apresuró, ella también, a irse volando, y la Niania se quedó sola una vez más.

En su habitación, después de una larga plegaria al pie de las imágenes religiosas, se acostó. Su sueño era ligero e inquieto. Se despertaba con frecuencia, hacía el signo de la cruz, murmuraba plegarias y volvía a dormirse. Y sus sueños, extraordinariamente claros y precisos, resucitaban el pasado, con todos sus detalles, todos sus matices, y los sabores mismos del aire de «allí». Al alba, nadie había regresado todavía.

Se levantó, dio una vuelta por el apartamento lentamente, como el perro abandonado que merodea por la casa y busca a sus amos.

Y después, salió.

Salía rara vez a la calle, y nunca sola. Pero sentía que no soportaría más la tristeza de esas miserables habitaciones desiertas.

Fuera, la niebla era tan densa que entraba en la boca con gusto a yodoformo y a pantano; se respiraba como un pez insulso; algunos faroles de gas todavía encendidos luchaban con un día triste, enfermo, que no podía decidirse a salir, se diría.

Era la hora de los pobres, de todos los precarios que se apresuran, con la espalda redondeada, en el aterido crepús-

culo de las mañanas. Nadie se fijaba en la anciana que se marchaba, rozando las paredes, sin sombrero, con el chal gris que le cubría el pelo y caía en pliegues pesados alrededor de su cuerpo encorvado. Iba directa hacia delante.

Caminó mucho rato. Cruzó calles, plazas, avenidas. Hasta que se encontró cerca de los muelles. El olor del agua le recordó a San Petersburgo. Por primera vez desde hacía mucho tiempo, una sonrisa vaga empezó a flotar alrededor de su boca. Sintió que estaba cansada. Se detuvo, se acodó en el parapeto de piedra.

Y de golpe su viejo corazón se estremeció y se puso a latir más fuerte. Allí, muy lejos, le pareció ver relucir una línea blanca: era el Sena, que reflejaba una porción de cielo más clara. Pero, ante los ojos cansados de la Niania, esa evasión de luz parecía una planicie, el comienzo de una de esas grandes landas cubiertas de nieve de «allí». Se dispuso a avanzar de a pasos pequeños, y sus ojos, extraños, un poco locos, estaban fijos en esa línea que emblanquecía siempre y que siempre retrocedía...

La empujaban, la insultaban, porque caminaba como una sonámbula sin desviarse de su camino.

Pero ella no escuchaba nada. En sus oídos sonaban como campanas, y, cuando se callaban, era un silencio maravilloso, el silencio blanco de los campos enguatados de nieve; frente a sus ojos se arremolinaban llamas de todos los colores; y después se transformaron en grandes copos apretados que caían, caían...

Seguía caminando.

«... N... de D... * ¡Eh! ¡Allí...! ¿Está sorda, vieja?».

Seguía caminando derecho hacia delante, sin ver, sin escuchar.

* «En nombre de Dios». (N. de la T.)

Las llamadas desesperadas de bocinas; el chirrido de un taxi que trata en vano de frenar; el grito agudo de una mujer que pasaba y que vio... Y un cuerpo menudo, apenas más grande que el de un niño, que rueda en el barro. Cuando la recogieron, ya no respiraba. Sus ojos pálidos y vacíos parecían mirar más allá de la vida, de las cosas que vemos.

Así murió la vieja Niania, aplastada por un taxi, una mañana de niebla parisina, cerca de los muelles. Manos extranjeras cerraron sus párpados arrugados sobre sus ojos pálidos.

Y ese pequeño gesto destrozó para siempre todo lo que quedaba de toda una raza —el castillo, el parque centenario, el estanque lleno de nenúfares rosas en el crepúsculo, los rastros de los muertos y la juventud de los vivos—; todo eso que no había estado del todo muerto mientras el corazón fiel de una anciana hubiera guardado con sumo cuidado su imagen.

Así murió la Niania sin haber vuelto a ver bailar la nieve en las planicies de su país.

Un almuerzo en septiembre (1933)

Thérèse Dallas se detuvo un instante, miró su rostro reflejado en el estrecho espejo encastrado entre dos vidrieras, suspiró, cruzó rápido la calzada. Esa mañana de septiembre, el calor era de pleno verano; bajo el sol ardiente, el maquillaje se fundía suavemente sobre la piel cansada. Sobre las mejillas, con un contorno todavía puro, pero empastadas, hinchadas por la cercanía de los cuarenta, el polvo y el rubor formaban una superficie lisa y cremosa como la de una bella porcelana fina; pero, alrededor de los ojos, de la boca en las comisuras profundamente hundidas, aparecían las primeras arrugas.

«Cuarenta años mañana...», pensó Thérèse.

Caminó más rápido. Había pocos transeúntes. Septiembre estaba en sus comienzos. Los árboles ya tenían las hojas rosas de otoño, pero el sol lucía con fuerza; el aire soplaba agobiante. Los verduleros ambulantes empujaban sus carros a lo largo de las veredas y las flores alteradas colgaban fuera de los floreros estrechos de chapa verde que las contenían. Sin embargo, el otoño se reconocía en una abundancia de uvas moscatel y peras ya pesadas y hermosas con el flanco amarillo disfrazado de rosa.

Thérèse cruzó el umbral del pequeño bar inglés donde los Dallas iban desde hacía años. De una camioneta detenida

delante de la puerta, una jovencita pelirroja descargaba largos panes dorados.

Sonrió y pidió:

—¿El señor Dallas no está con usted?

—Se fue esta mañana, May —dijo Thérèse.

Entró. La pequeña y sombría sala estaba impregnada, como de costumbre, de un perfume delicioso, apenas perceptible, de fino y viejo alcohol. Un vaho azulado cubría los espejos como el polvo ligero sobre la piel oscura de las ciruelas. Era un pequeño bar inglés donde iban casi sólo extranjeros, norteamericanos e ingleses, hombres y mujeres de edad madura en su mayoría, que bebían y comían en silencio, y, como se encontraban allí regularmente dos veces por día, no intercambiaban más que breves saludos mudos de lejos. Servían huevos fritos con tocino, carne asada jugosa dispuesta a la inglesa en un plato con lentejas tiernas y arenques ahumados, dorados.

En otros tiempos, ése era el lugar secreto donde Thérèse y François Dallas se encontraban, en la época de su compromiso, veinte años atrás. Pero Thérèse desviaba de su mente esos días esfumados. Los recuerdos demasiado dulces se vuelven grises con los años, forman en el alma una suerte de depósito dulzón, como el sedimento que los vinos dulces depositan en el fondo de los vasos.

Ahora se veían allí una o dos veces por semana, a las seis de la tarde; la oficina de François estaba en la calle vecina. Thérèse se felicitó por haber venido esa mañana, por haberse escapado de un almuerzo solitario en el apartamento de verano cubierto de fundas y lleno de olor a insecticida Flytox. Se sentía cansada esas últimas semanas, sin razón. La frescura, la soledad del lugar la distendía. Miró con simpatía las imágenes inglesas de caballos, de cazadores que cubrían las paredes claras.

La persiana naranja estaba medio bajada; dejaba pasar todo un haz de rayos que parecían escaparse del piso, del empedrado caliente y que se reflejaban en un gran espejo perdido por encima de la barra, resplandeciente en la sombra como un escudo de plata.

La jovencita pelirroja se acercó a Thérèse.

—¿No almuerza de inmediato, señora?

—Al mediodía.

—¿Desea beber algo mientras tanto?

—Un zumo de naranja —dijo Thérèse.

Doris, la madre de May —el bar estaba regentado por mujeres— vino a servirla.

—Señora Dallas —dijo sonriendo—, uno de nuestros clientes más antiguos, al que no habíamos visto desde hacía mucho tiempo, volvió ayer. Uno de sus antiguos amigos —agregó después de un momento de reflexión—. ¡Qué lástima que el señor Dallas no esté aquí!

—¿Quién es?

—El señor Cazeneuve.

—¡Raymond Cazeneuve! —murmuró Thérèse, sorprendida, con una melancolía repentina, consternada y profunda—. ¡Ay, Dios mío, qué viejo está!

Se quedó sola. Rodeó con sus manos calientes el vaso helado. Raymond... En un instante volvió a ver su rostro y, enseguida, bajó la cabeza, empezó a ordenar de manera mecánica los paquetes que había colocado alrededor de ella sobre la banqueta con un ramo de caléndulas de corazón negro. Recordó de golpe ese moño de seda que no parecía lo bastante ancho; deshizo el papel, tiró de una extremidad del moño, lo contempló, sin verlo; pensó otra vez con esfuerzo en las servilletas para té lindas, pero tan caras..., en el jabón de Marsella que no le habían entregado ayer... «Las compras,

las empleadas, el dinero... La vida es aburrida. Dios mío, es extraordinario hasta qué punto una vida “tan ocupada” puede ser aburrida... ¿Por qué? Oh», se respondió mentalmente a sí misma, «las inquietudes, las enfermedades, las preocupaciones, el dinero, por encima de todo el dinero..., y todas esas cosas... Pero ¿antes, sin embargo? ¿Antes...?».

Y, de pronto, miró el pequeño bar como si buscara en la sombra la imagen de Thérèse Dallas a los veinte años y a François de joven... En esa época... Recordó de repente; encontró en el fondo de sí misma sentimientos olvidados... En esa época, una vieja adivinadora del futuro en vestido de satín negro, con un sombrero de plumas, venía aquí... Tenía un bolso en forma de red bordado de azabache en el que llevaba un juego de cartas ennegrecidas, de tarot. Thérèse nunca, desde ese entonces, había visto uno igual... En esa época, un anciano negro, que tal vez se había muerto o marchado, que había desaparecido hacía muchos años, venía a tocar por la noche. Estaba sentado en ese rincón, a la derecha... Tenía un aspecto más bien moreno que negro, como de café diluido con agua, el pelo un poco largo, plateado y un pequeño bigote blanco. Sacaba de un banjo —«¿era un banjo, era una guitarra?»— sonidos quejumbrosos y extraños como un zum-bido de avispa. Lo volvía a ver. Inclina la cabeza de costado silbando y marcaba el compás con su pie calzado con unos crujientes zapatos de charol.

El pequeño bar inglés no estaba tranquilo, como ahora. Eran los años veinte..., los años de posguerra... Un recuerdo tumultuoso, ardiente y melancólico permanecía en el fondo del alma. Qué extraño... Volvía a verlo todo, hasta los castaños en flor en la avenida vecina cuando volvía al alba entre François y... Era extraño... Todo salvo el rostro de François, joven... Como una máscara, sobre los rasgos de François a los

veinte años, en su memoria se superponía a la figura de François envejeciendo, con el delicioso François, que amaba con todo su corazón, pero... Suspiró. «Mi muerte más que una preocupación, una tristeza, un enemigo para él», pensó con fervor. «Mi muerte...». Pero... su lumbago, sus dolores de estómago, sus cortas siestas después del almuerzo... Menos que eso, un tic, una contracción del labio superior, su voz desafinada todas las mañanas cantando en el baño la misma melodía... François, en otra época, con su joven rostro ardiente levantado hacia ella... ¡Ah! Bah, era así... Todas las mujeres, todos los matrimonios son iguales. Por más que cerrara los ojos, apretara los párpados, buscara, encontrara por fin el rostro de François joven, sólo despertaba en ella un sentimiento de agradecimiento y melancolía. El amor... Pensó de nuevo: «Es así, no hay nada que hacer». Miró las burbujitas plateadas que se formaban en la superficie de su vaso, bebió distraída. En esa época no existía sólo François en su vida... Eso también, era... extraño... Amar perdidamente a un hombre, pero no pensar en gustarle sólo a él... Vestirse, maquillarse para gustarle a dos hombres, sonreír, inclinar la cabeza, hacer relucir sus dientes, sus ojos, para gustarle a dos hombres... François primero, Raymond Cazeneuve después... ¡Ah!, ése no tenía necesidad de buscar durante mucho tiempo en su memoria para ver surgir de las profundidades del pasado su seco rostro bearnés con las sienes ahuecadas, los ojos burlones y sombríos. El mejor amigo de François, en esa época, nunca había dicho una palabra, por supuesto, ni hecho un gesto... Sacudió la cabeza con una sonrisita melancólica y burlona, rápidamente reprimida. «Le queda bien ese sombrero, Thérèse, esta noche... Está especialmente encantadora esta noche...». Palabras de amor... ¿Y ella? Eso había durado dos años, durante los cuales, como suele decirse, «no había habido nada». Y después se

fue... Nada... Cuando quería captar, dispersos en el fondo del pasado, los gestos, las palabras, las sonrisas, no quedaban nada más que palabras insignificantes que podían ser las de una galantería mecánica, de esa coquetería masculina mil veces más perversa y profunda que la de las mujeres... Nada... «Y yo, ¿es posible que lo haya amado...? Amado... Eso no puede compararse con el sentimiento que sentí, que siento todavía por François...». Pero no se vive hasta los cuarenta sin saber que hay muchas clases de amor. «Amar..., no sé... Pensé en él, estuve obsesionada con él... Noches enteras soñaba con él, que me amaba, que me tenía en sus brazos... Es gracioso...». Se estremeció y miró nerviosamente el umbral con un sentimiento de vergüenza y angustia. Como antes... Antes, cuando esperaba a François ahí mismo... «Nuestro amor», pensó. «No había estado tan tranquila al comienzo, tan estable... La vida no es fácil». Esperaba así y, cada vez que la puerta se abría, que sus ojos, miopes, creían reconocer, en la silueta del desconocido que entraba, la ropa, el rostro de François, su corazón palpitaba con latidos precipitados («¡qué tonta, Dios mío!») y, cuando por fin aparecía, esa paz profunda que llenaba su corazón...

—El pasado —murmuró.

Suspiró. Después, había esperado así a Raymond Caze-neuve. Cuando el matrimonio, la posesión del hombre que amaba había escatimado esa angustia, esa fiebre, había esperado también, sentada al lado de su marido, el rostro, el paso de Raymond... «Siempre tuve sed de inquietud, es curioso...».

Levantó la cabeza. Acababa de entrar. Lo reconoció enseguida, después de la primera pequeña impresión de sorpresa, de decepción. Más viejo, había engordado... Pero, casi enseguida, la figura levemente hinchada del hombre de cuarenta y

cinco años que estaba de pie delante de ella, con el pelo gris, escaso en las sienes, la delgada boca fatigada, dejó aparecer otros rasgos...

Ella le tendió la mano. No parecía sorprendido de verla, ni emocionado, sino que su mirada se endulzaba con una suerte de vaga melancolía.

—Doris me había avisado de que usted seguía viniendo aquí. Estoy feliz de volver a verla.

—Yo también —dijo ella, y el sonido de su voz alterada la sorprendió.

—¿François?

—Bien... Sí, va bien —murmuró ella, y sus labios fríos formaban las palabras con esfuerzo—; justo está fuera las próximas cuarenta y ocho horas. ¡Qué lástima!

—Sí —dijo él—, y yo me voy mañana.

—¡Qué lástima! —repitió ella de manera mecánica—. ¿Sigue viviendo en América del Sur?

Se había sentado al lado de ella, con un breve «¿Me permite?» y la miraba con una atención sostenida.

—¿No se casó allí?

Él entrecerró los ojos. Ese movimiento de hastío le era familiar; parecía mirar en el fondo de su propio corazón. Tenía ojos amplios, de un marrón dorado, casi amarillo. Ahora, en su figura más regordeta, conservaban una extraña belleza que contrastaba con sus largas sienes hundidas, su nariz de delgada osamenta y la parte baja hinchada del rostro.

—No —repitió lentamente, y elevando la mirada la fijó sobre el espejo inclinado por encima de la barra—. Es una sensación extraña volver aquí después de tantos años. Y nada ha cambiado... Esa pequeña May es la imagen de Doris de joven. Pero el negro no viene más, me han dicho, es una pena...

—¿No ha vuelto a París desde hace veinte años?

—Sí, a veces... Dos semanas, diez días, de paso...

—¿Y nunca vino a vernos?

No se disculpó; se quedó en silencio. Giró lentamente entre sus manos el vaso vacío de Thérèse.

—¿Espera a alguien? —le preguntó.

—¡No, no! Pensaba almorzar aquí.

—¿Aquí?

Hizo una mueca. Entraban hombres y se instalaban en los altos taburetes de la barra.

Raymond preguntó de golpe:

—¿Quiere venir a almorzar conmigo?

—Claro que sí —dijo ella lentamente—, es muy amable...

Me va a poner muy contenta...

—¿Dónde?

Ella sonrió:

—Pero donde usted quiera, amigo mío.

—Vamos entonces.

Juntó uno por uno los paquetes que estaban sobre la banqueta. Cuando ella se levantó, la envolvió por entero con una mirada profunda. Después, sin decir nada, se levantó a su vez y la siguió. Ella caminaba rápido. Fuera, desde el umbral, el calor del mediodía se precipitaba sobre los hombros.

—Odioso, ¿no? —comentó.

Su coche estaba estacionado al filo de la vereda.

—¿Quiere ir a Ville-d'Avray? Siempre hay un poco de fresco que sube del lago.

—Vamos.

Tomó el volante. Se fueron. Ella desvió los ojos de la nuca engrosada que percibía entre el cuello y el sombrero. Había..., sí..., engordado... Los años parecían fijar a los hombres y a las mujeres a la tierra, llenarlos de una especie de sustancia densa, hincharlos, atiborrarlos de carne y san-

gre..., volverlos pesados, atarlos con miles de lazos a esta tierra a la que iban a volver... Bajó la ventanilla, y un viento fuerte le azotó la cara. Miró de manera mecánica el campo pobre de los alrededores de París, con los prados carcomidos, amarilleados por el sol, con las casas antes rosas, ennegrecidas por el humo. Atravesaron Saint-Cloud y, justo en la bifurcación de dos rutas, cuando pasaron el viaducto y ella vio extenderse el profundo valle verde que va desde Saint-Cloud hasta Ville-d'Avray, sintió que se disipaba su extraño letargo.

—Una vez —dijo Cazeneuve sin girar la cabeza—, una vez vinimos con usted y su marido aquí, una noche.

Thérèse frunció levemente las cejas; soltó un suspiro ahogado. Una noche, con François, una mujer que ya había muerto y que se llamaba..., ¿cómo era? Solange Saint-Clair... y Raymond... Solange Saint-Clair... El recuerdo de su hermoso cuerpo frágil recostado desde hacía tantos años en la tierra, transformado en hierbas, en largas raíces sinuosas, disuelto, desaparecido, hacía parecer más largo el tiempo pasado.

Recordaba ese suspiro, ese «ah» de satisfacción que habían soltado, como con el primer sorbo de agua fresca cuando estamos alterados por el calor del verano, al pasar bajo esa bóveda sombría de árboles, la misma en la que el coche estaba entrando en ese momento. Pero hoy el polvo volaba, los coches pasaban a cada instante, todo era diferente. Entonces, el recuerdo fue de pronto tan ardiente y tan vivo que hizo un movimiento involuntario, como si, en verdad, hubiera rozado con la mano una llama. Era tarde, entonces... Habían ido a beber una botella de champán a Ville-d'Avray, era casi de mañana. El coche era descapotable. Iban extremadamente lento, bebiendo con delicia el aire fresco del alba. Su vestido blanco... Tuvo que hacer un leve esfuerzo para recordarlo, pero, de repente, en su memoria surgió la imagen de sí misma, de

la mujer de esa época. Había sido tan hermosa entonces... o, al menos, joven, radiante, triunfal, sintiendo que a su paso se elevaba la admiración amorosa de los hombres. François la tenía abrazada contra él, la había apretado contra él a lo largo de toda la ruta, acariciándola con su hermosa mano tibia y nerviosa. ¿Y el otro...? Recordaba esa excitación apasionada, esa censura silenciosa, dirigida hacia él: «Mírame. Mírame. Ámame». Esa voluntad de ser amada despertaba el deseo, el amor. ¿Ahora? ¿Tal vez, ahora, todavía...?

«Tengo cuarenta años», pensó.

Esa noche, veinte años antes, Raymond la había mirado, y no había habido nada más. No había hablado, ni reído, se había quedado en silencio y un poco sombrío. Se acordaba de su rostro vuelto hacia ella, de esa interrogación extraña, inquieta, de sus ojos. «¿Tal vez, simplemente, estábamos un poco borrachos el uno y el otro...? Él, sin duda, no pensaba en mí, no pensaba en nada... Tal vez... Pero ¿tal vez me quiso, me deseó?».

En Ville-d'Avray se habían quedado solos por un instante. Unos farolitos brillaban en los árboles. François y Solange se habían acercado al borde del agua. Se acordaba de la risa de Solange.

—Ah, por aquí, nos hundimos.

Hacía más fresco, casi frío. Estaba cansada. Se había recostado sobre su brazo desnudo en la mesa; él había tomado y levantado con dulzura su mano. Con dulzura, la había levantado y después la había dejado caer con un breve suspiro, y había rozado sus anillos un rato largo.

Y de ese contacto insignificante, que no era ni siquiera una caricia banal, había subido un calor tan inquietante que, ahora todavía, después de tantos años transcurridos, sentía su quemazón profunda. ¿Y él? ¿En qué pensaba ahora?

Con un gesto de su mano levantada, él mostraba las casas blancas: «Ville-d'Avray...».

Se detuvieron como entonces delante de una puerta estrecha de madera pintada. Un sendero conducía a una terraza cubierta de paja, una especie de larga galería donde los gabinetes particulares formaban pequeños palcos distintos, todos abiertos sobre el lago.

—Por aquí, señora —dijo el *maître*.

Ella entró. Los tabiques estaban cubiertos de paja trenzada y adornada con grandes espejos, todos marcados con punta de diamante. Era una vieja casa pasada de moda que databa de la época en la que se iba de París a Ville-d'Avray en victoria, en carruaje, y esos nombres de mujeres, muertas sin duda, o ancianas, acabadas, esas Coralie, esas Marguerite, esas Alphonsine conservaban un extraño encanto. Las fechas... Se acercó y leyó: 1886, 1889. Suspiró, pasó la mano con suavidad sobre la superficie brillante.

—¿Desea ver el menú? —dijo Raymond Cazeneuve.

El *maître*, levemente inclinado hacia delante, miraba a Raymond y a Thérèse con una atención penetrante; parecía buscar en sus rostros los rasgos distintivos que le revelarían sus gustos, sus preferencias, así como también sus edades, sus situaciones sociales, y parecía combinar todo eso con el objetivo de sacar indicaciones para los platos que debería ofrecerles.

—¿Cangrejos, señor? Les recomiendo una fuente de cangrejos para empezar.

—¿En esta época? ¿Le parece? —dijo Raymond.

Miraba alternadamente el menú y el rostro del *maître*.

—¿Qué opina, querida amiga?

Ella se dio vuelta con lentitud; se estaba sacando el sombrero delante del espejo, y los nombres, las fechas, biseladas

en la superficie, iluminados por el sol, refulgían entre ella y esa imagen de mujer cansada, envejecida.

Por instinto, bajó los párpados, se dio vuelta levemente, dando a su rostro la inclinación que, antes, mejor le sentaba.

Dijo de manera mecánica, jugando con la cinta de fieltro anudada en el borde de su sombrero:

—¿Por qué no?

—Son excelentes —dijo el *maître*—. ¿Después unos *brioche*s a la bohemia?

—¿Qué son?

—Son —dijo el *maître* dibujando despacio en el aire con sus dos manos delicadamente curvadas en forma de ánfora o de copa—, son *brioche*s vaciados, rellenos de *mousse de foie gras*, trufas, champiñones picados fino, una especialidad de la casa.

—Parece rico —dijo Thérèse, a quien él interrogaba con la mirada.

Se sentía un poco adormecida; estaba sentada, había apoyado la cabeza en el respaldo de su asiento de paja. Un viento fuerte le llegaba a la cara; los espejos reflejaban las ramas mecidas de los sauces y los profundos y rápidos movimientos del agua.

—¿Y luego? ¿Pularda con finas puntas de espárrago o gallo a la *chambertin*?

—Gallo a la *chambertin*, ¿no es cierto, Thérèse? Y después, por supuesto, frutillas de la casa; su triunfo, frutillas a la fina campiña y con crema fresca.

—Una fuente de cangrejos, *brioche*s a la bohemia, gallo a la *chambertin* y frutillas —repitió el *maître* a media voz.

—Y mándeme al *sommelier*.

Se quedaron solos. Por un instante, sus ojos se encontraron. Una extraña sonrisita entreabrió los labios de Raymond. Quiso hablar, dudó y giró la cabeza.